

Ella se ruborizó, palideció, como si en su pecho se librara un cruel combate, y por fin, le dijo:

—No puedo cerrar mi puerta á un transeunte perdido en una villa que no conoce. No debo, sobre todo, olvidar que su madre me ha recibido en su casa muchísimas veces. Venid, pues, ya que tal es vuestro deseo; os esperaré con mi hijo. Vivo en una casita aislada, rodeada de jardines, en el camino del Croisic, á algunos metros de Saint-Nazaire. Por de pronto, despidámonos, añadió, sonriendo. La gente se admiraría al verme regresar, al cabo de tres semanas de ausencia, dando el brazo á un desconocido. Hasta la vista.

Él la saludó, y en tanto que ella hacia ordenar su equipaje en el ómnibus del ferro-carril, alejóse en direccion á los muelles.

Tenia necesidad de ejercicio, de aire, de soledad, para calmar su emocion, recogerse y saborear de antemano el placer que iba á gozar encontrándose ante aquella hechicera jóven, de fisonomía tan dulce, de voz tan simpática y tierna; que esparcía en su airededor como un perfume de honestidad y castidad.

¡Ah! ahora si que lo reconocia.

Con ella era con quien hubiera debido casarse.

Ella habria sido la compañera fiel, la inteligente amiga que soñára, sin poderla encontrar.

Ella era la mujer que convenia á su carácter calmoso, á su corazon ávido de ternura y de dulces afectos.

Ella le hubiera, sin duda, dado algun hermoso hijo, al que actualmente criaria á su vista.

Ella, sobre todo, le habria aportado la felicidad, mientras que con Diana Berard solo habia encontrado la embriaguez de los sentidos.

Absorvido en estas ideas, recorria al azar Saint-Nazaire, sin fijarse en contemplar la villa; quizá tampoco se hubiera acordado de almorzar si, al cruzar el muelle, ante el hotel de la

Marina, un rumor de cubiertos y de platos no hubiese llamado su atencion.

«Toma, es verdad, todavía no me he desayunado» dijo para sí, y fue, para cumplir con su conciencia, mas que con su apetito, á sentarse á la mesa redonda.

Una hora despues, presentábase ante la mansion que Maria le indicó, y preguntaba por la señora Berthauld.

La criada que vino á abrirle (una desterrada del Bourg de Batz ó del Croisic, por cuanto llevaba la pintoresca cofia de aquellas comarcas) le condujo á través de un jardincillo admirablemente cuidado, en el que se hermanaban los árboles frutales con las flores.

Al fondo, y resguardada de los vientos de Oeste por dos bellas magnolias, levantábase una casa de modesta pero graciosa apariencia, tapizada enteramente de glicina y de yedra.

Abriósele una puerta y penetró en uno de esos interiores de que solo algunas mujeres poseen el secreto.

Todo en ellos respira orden, buen gusto y honestidad.

Todo está en su debido sitio, todo reluce, todo brilla.

Luciano esperó un momento en el salon, no tardando en presentarse Maria con su hijo en brazos.

Aproximóse á él, y esta vez, tendióle francamente la mano y le invitó á sentarse.

Hablaron largo tiempo, de todo y de nada, por hablar, y conociendo uno y otro que tendrian cosas mas interesantes que decirse.

Por último, exhalando Luciano un suspiro involuntario:

—¡Ah! ¡cuán feliz seria yo aquí! exclamó.

—¿Tal vez no lo sois allá? preguntó ella vivamente, sin fijarse en el peligro de esta pregunta y olvidando la promesa que se habia hecho de no abordar ciertos asuntos.

—No, no soy feliz, no, respondió él levantándose; y recorriendo con agitado paso el salon, añadió bruscamente: con vos

hubiera debido yo casarme; he cometido una falta, y ahora pago la pena!

Ella guardó silencio por un rato, saboreando, por así decirlo, las palabras que acababan de escapar á Luciano.

Después, dirigióse á su encuentro, le detuvo en su nerviosa marcha y le dijo, con vibrante acento, y lanzando su mirada un relámpago:

—Sin embargo, ¡la amabais mucho!

—No, no la amaba, exclamó él; creía amarla y hoy conozco que no la amo, absolutamente nada. ¡Ah! habíame jurado no confesarlo á nadie en mi vida... ¡sí! habíalo jurado... Cuando uno comete una falta, debe sobrellevar con valor sus consecuencias... Negábame yo el derecho de confesarme á mí mismo que era desgraciado... pero, al veros, mi firmeza ha desaparecido, mi corazón se ha enternecido y hablo... y lloro... mirad... lloro...

Ella se acercó compasiva, y poniéndole una mano en el hombro:

—¿No teneis hijos? le preguntó.

—¡Ah! no, replicó él; no tengo esa dicha.

Ella se volvió, inclinándose hácia el niño que jugaba en la alfombra, y tomándolo en brazos y presentándolo á Luciano.

—Amad á este, le dijo.

Cogió al niño Luciano, lo contempló y lo llenó de caricias. Roto estaba el hielo.

Ya no tenían necesidad de hablar entre ellos de cosas indiferentes.

Pudieron decirse todo cuanto su corazón sentía.

Segura de sí, fuerte en su honestidad, preservada de todo peligro por la sola idea de que Luciano estaba casado, y de que toda esperanza les estaba prohibida, no temió hablar del pasado, de sus ensueños de soltera, de su dolor el día en que los vió desvanecer.

No hizo reproches.

Manifestó tan solo sus sufrimientos, con una deliciosa castidad de espresion.

Dijo las razones que la habian forzado en breve á casarse á su vez, cuando hubiera preferido permanecer soltera toda la vida.

Pintó en pocos rasgos al señor Berthauld: un hombre sencillo, bueno, leal.

Nunca le hubiera amado, pero, paulatinamente, se encariñaba con él y su muerte le causó profundo pesar.

Actualmente, su existencia estaba tronchada, mas la de su hijo no tardaria en comenzar y ella contaba consagrarse enteramente á la educacion de aquel fruto de sus entrañas.

Luciano refirió á su vez sus esperanzas frustradas, y sin tocar á ciertas cuestiones, que no pueden abordarse ante una casta mujer, esplicó que entre Diana y él no habia la menor comunidad de ideas, ninguna simpatía formal y que á su lado se sentía sujeto, presa de mal estar.

—Diríase, añadió sonriendo, porque la imágen era algo atrevida, que entre ella y yo media un secreto, un crimen casi.

A las cinco, fuéles preciso separarse.

—¿Podré volveros á ver? preguntó Luciano.

—Si el azar os conduce á Saint-Nazaire, contestó ella, venid á ver como sigue este angelito, que parece amaros ya, y á informaros de la salud de su madre... vuestra hermana, añadió. Pero, como supongo que vuestras ocupaciones no os permitirán volver por acá, mejor será que nos demos un adiós.

—¡Oh! nó, eso nó, exclamó él, estrechándole la mano: ¡hasta la vista!

Tomó, atravesando campo, el camino recorrido algunas horas antes.

El día habia cumplido las promesas de la mañana, promesas que le habian decidido abandonar sus habituales tareas.

En el cielo, no se veía la mas mínima nubecilla.

A lo lejos, la mar relucía cual un espejo.

Todo parecía reverdecer al soplo primaveral.

El aire tibio, impregnado de violeta y de ojiaçanta, acariciaba dulcemente á la tierra.

Las aves revoloteaban en los zarzales, exhalando gritillos de amor.

Todas las alegrías despertábanse á su paso.

Por vez primera en su vida, quizá, admiraba Luciano el espectáculo que ofrece la naturaleza cuando se cubre de sus galas despues de un largo invierno, y saboreaba todo su encanto.

La primavera renacia en él, como renacia en la tierra, y su alma abismábase en un sentimiento de inefable bienestar.

Pronto ¡ay! llegó á las primeras casas de Saint-Nazaire, y debió volver á tomar su vida, donde la dejara por la mañana.

Partiendo de Saint-Nazaire á las cinco, no ignoraba Luciano que su mujer, segun su costumbre, debía embarcarse en el tren, en la estacion de Donges.

Pero no habia que elegir, y además no creía deber ocultar á Diana el viaje que acababa de hacer, y cuyo pretesto habia sido ella misma.

En cuanto á hablarle del empleo de su tiempo, eso ya mudaba de especie.

Diana tenia demasiada predisposicion á los celos, y muy poca delicadeza en el corazon, para admitir la castidad de ciertas relaciones.

Las mujeres que se abandonan á su imaginacion y á sus sentidos, suponen á todo el mundo hecho á imágen suya y se resisten á creer que dos séres, jóvenes y bellos, sobre todo cuando se han amado, se limiten á hablar de sus antiguos amores.

Esta vez no dejó Luciano escapar la estacion de Donges, sin fijarse en ella.

Apresuróse á asomarse á la portezuela y desde que vió á Diana, la llamó y bajó para ayudarla á subir en su wagon.

—¿ Vos aquí? preguntó ella atónita.

—Entrad, y pronto lo sabreis. Y, ante todo, tomad una carta para vos; creo que es de vuestro padre.

—¡ Ah! ¡ dadme!

Leyóla, manifestóle en pocas palabras las noticias que contenia, y dijo al terminar:

—Todo ello no me esplica porque estais aquí.

—Pues es sencillísimo, respondió él. Esa carta ha llegado por la mañana, una hora despues de haber salido vos. No he querido hacérosla esperar todo el dia y se me ha ocurrido la idea de llevárosla.

—¿ Á dónde? preguntó ella vivamente.

—Á vuestra popiedad, á la Sauviniere.

—¡ Ah! exclamó ella ruborizándose. Y añadió al momento, y ¿por qué no habeis venido?

Él refirió que despues de haber dejado pasar inadvertidamente la estacion de Donges, habia llegado demasiado tarde á Saint-Nazaire para tomar el vapor; y en vista de lo cual, que habia esperado el tren de las cinco y veinte sabiendo que la encontraria en el camino y que de todos modos tendria ella la carta dos horas antes.

Enteramente preocupada de los peligros que hubiera podido correr á llegar inopinadamente Luciano á la Sauviniere, ni siquiera se le ocurrió á Diana admirarse de que un hombre formal y reposado hubiese dejado pasar la estacion para la que tomó billete.

Contentóse, pues, dándole espresivas gracias por su pena y añadió, á fin de darse cuenta de las precauciones que habria de tomar para el porvenir:

—Así, pues, ¿ consentiréis en adelante en visitar la Sauviniere?

—Sin duda, y si lo permitís, tan pronto como tenga un momento libre...

—Cierto que sí, lo permitiré; mas no actualmente.

—¿Por qué?

—La casa está en completo desórden. He dispuesto algunas reparaciones y, por coquetería, añadió sonriendo, deseo que todo esté listo para haceros los honores de mi... quiero decir, de nuestro castillo.

—Bien está, dijo Luciano; esperaré.

De este modo, Diana reservábase algun tiempo para pensar en las medidas que tomara con respecto á Lamí, pues no podía disimularse el peligro de una permanencia ó hasta de una visita de Luciano á la Sauviniere.

Las últimas horas pasadas con su amante, habian sido aun mas agitadas que de costumbre.

Lamí habíase mostrado déspota y celoso cual nunca.

Habia torturado á Diana, tocante á las relaciones que él pretendia existian entre ella y su marido.

No habia querido dar crédito á ninguna de sus protestas, y se habia estralimitado hasta el punto de esclamar:

«¡Si llegase á tener la prueba de que usa de sus derechos con vos, le mataria, y á vos tambien!»

No era, pues, aquel el momento oportuno para poner al amante en presencia del marido, y Diana habíase apresurado á retardar la época en que el tal encuentro fuera inevitable.

Por otra parte, habituada á la lucha, práctica en toda clase de estratagemas, cortada para el combate, ávida de emociones de todo género, no era mujer que se dejara abatir por los peligros que la circuian, y esperaba conseguir vencerlos todos.

Calculando así, contaba sin la pasion, que tantas faltas obliga á cometer á los mas hábiles y que á menudo fuerza á los criminales menos expansivos á delatarse por sí mismos.

Luciano no podia haber renunciado á visitar de nuevo á María Berthauld.

Aquella última entrevista le habia en cierto modo, reposado, saneado, y los recuerdos que de ella conservaba eran demasiado encantadores para que no deseara volver, cuanto antes posible, á Saint-Nazaire.

No ignoraba el peligro de unos viajes frecuentes á una villa donde sus negocios no parecian llamarle.

Pero; la tentacion era tan fuerte, que no pudo menos que sucumbir.

Elejia, ordinariamente, para tales escursiones, los dias en que Diana se dirigia á Paimbœuf, y, mientras esta iba á calmar sus deseos nunca saciados y la ardiente pasion que su marido le inspiraba, corria aquel al encuentro de la señora Berthauld á purificarse del amor demasiado exaltado de su mujer.

Durante algun tiempo estos viajes en partida doble tuvieron lugar sin accidentes.

Una de esas casualidades que ni se pueden impedir, ni siquiera prever, acarreó la tempestad.

Cierta mañana, yendo Diana á compras en la calle Crebillon y saliendo de una tienda para entrar en otra, tropezó con Desvignes.

Despues de los saludos de cajon, preguntóle el armador:

—¿Estuvisteis ayer en Saint-Nazaire?

—Nó, respondió ella, nunca llego mas allá de Paimbœuf; la Sauviniere está á dos pasos. ¿Á qué viene esta pregunta?

—Es lo mas natural del mundo. Ayer encontré á vuestro marido en Saint-Nazaire, y he supuesto que habiais ido junto con él.

—¡Mi marido en Saint-Nazaire! ¡os equivocais!

—No tal, señora. Le vi cruzar la calle Mayor, á eso de los dos de la tarde, y si no me paré á hablarle, fue porque temia que me escapara el tren. Pero, añadió, observando aunque tar-

de el efecto producido por sus palabras; tal vez me engañé.

Despidióse ella de Desvignes, sin dejarle embrollarse mas; interrumpió sus compras y volvióse á casa.

Al cabo de una hora, mediante hábiles preguntas á la servidumbre, hallóse al corriente de los actos y gestos de su marido desde dos meses á entonces, y adquirió la prueba de que cada vez que ella partia para Paimbœuf, tambien se ausentaba Luciano.

¿Á qué causa atribuir una perturbacion tal en los hábitos de su marido?

¿Tenia alguna sospecha contra ella?

¿Intentaba averiguar lo que acontecia en la Sauviniere?

¿Estaba citado con algun agente misterioso, que acudia á informarle en secreto?

Estas ideas cruzaron por su espíritu, sin arraigarse en él, tal era su inverosimilitud.

En efecto, si Luciano tenia confianzas que escuchar, oiria á sus agentes en Nantes, en su gabinete de magistrado, y, cuando menos por dignidad, por respeto profesional, no se encaminaria á su encuentro.

Si se tratara de una pesquisa, la haria en Paimbœuf y no en Saint-Nazaire, toda vez que un brazo de mar de una legua y media separa á estas dos villas y las hace casi extranjeras una á otra.

Entonces abordó un nuevo orden de ideas.

Luciano seguia en Saint-Nazaire una intriga; tal vez estaba enamorado y tenia una querida.

Su frialdad, su indiferencia quedaban así esplicadas.

El pensar que su esposo podia engañarla, la ponía furiosa, sin recordar que con su propia conducta ella misma habia dado á su esposo derecho para serle infiel.

No, su pasion no le permitia admitir la pena del talion.

Aun, si él la hubiese amado, hubiérale tal vez permitido una traicion; pero él no la amaba, y ella sí!

No era Diana mujer para dejar eternizarse una duda, y mostrarse celosa de un ser imaginario.

Si la engañaban, queria conocer á su rival.

Sin embargo, consagró una semana entera á estudiar á Luciano, á intentar saber lo que pasaba en su alma.

Pareciale inquieto, nervioso, agitado, poco dispuesto al trabajo, y mas despegado que nunca.

Una noche, á la hora de comer, díjole:

—¿Qué tal tiempo os parece hará mañana?

—No sé, respondió él, dirigiendo una ojeada á la ventana. El cielo está nublado; quizá llueva.

—Lástima fuera, añadió ella; quisiera ir á la Sauviniere á dar algunas órdenes á los operarios. Hace dos dias que me esperan.

Luciano dejó decaer la conversacion; pero, acabada la comida, abrió la ventana y despues de haber contemplado al cielo con un interés que nunca hasta entonces habia mostrado:

—Tal vez me equivoque, dijo. Las nubes se disipan y el viento cambia de direccion. No estrañaria que mañana tuviésemos un dia magnífico.

—En tal caso lo aprovecharé; repuso ella, mirándole con atencion. ¿Llevariais vuestra amabilidad hasta el extremo de acompañarme al vapor que sale á las siete?

—Con mucho gusto. Pero ¿y si llueve? añadió con cierta espresion de temor.

—¡Oh! me pondré un traje á propósito, y que llueva cuanto quiera. En esta época del año, el mal tiempo no es muy de temer, y además, ya os he dicho que me esperan.

—Convenido, dijo él gozoso.

A las seis y media de la siguiente mañana salieron del bulevar Delorme, cogidos del brazo, como dos tiernos enamorados, encaminándose al Loire.

Las nubes habíanse disipado; el día prometía ser magnífico. A las siete, al último toque de campana, despidiéronse, y Diana se embarcó en el vapor.

Cuando, media hora después, el empleado que había acabado por reconocer en la señora d'Aubier una de sus mejores parroquianas, quiso darle su billete para Paimbœuf, detúvole Diana, diciéndole:

—No, hoy llegaré hasta Saint-Nazaire, dadme otro billete.

En tanto que seguía así la corriente del Loire, Luciano, seguro de tener todo un día de libertad, volvió á su casa, despachó varios asuntos urgentes y á las nueve tomó el tren.

Al mediodía encontrábase en Saint-Nazaire, en la linda morada de la señora Berthauld, y almorzaba en su mesa, entre ella y su hijo.

Nunca los dos habíanse sentido mas dichosos en verse; mas gozosos de hallarse juntos.

Eran dos amigos, dos hermanos que, encontrándose después de una ausencia siempre demasiado larga, tenían mil cosas gratas que contarse.

Luciano hablaba de sus últimos trabajos, de los negocios de que había estado encargado, del acusado que había conseguido inspirarle interés y á quien había logrado hacer absolver, empleando en su pedimento una moderación apreciada por el jurado, de aquel otro, contra el que había abogado severamente, creyendo con ello cumplir un deber y desembarazando á la sociedad de un ente peligroso.

Hablábale también de su madre, la cual le había cedido su casa del bulevar Delorme, demasiado espaciosa para una mujer sola, trasladándose á la calle Lafayette, cerca de la Audiencia.

Cada mañana la veía, cuando se dirigía á su gabinete, y á menudo, durante la mañana, en el intervalo de dos informes, encontraba medio de pasar algunos momentos junto á ella.

La buena señora tenía actualmente todo el pelo blanco, lo cual la daba un aspecto todavía mas respetable y cierta coquetería, pues todo el mundo se complacía en decirle que con su mirada viva sus cabellos blancos la rejuvenecían.

Moralmente considerada, continuaba como siempre buena é indulgente para las personas que amaba, severa para las que no habían sabido captarse sus simpatías, de inquebrantable firmeza en sus convicciones, no transigiendo nunca con su conciencia y presta á sacrificar su vida y la de los suyos, si creía el honor de estos ó el suyo interesado en tal sacrificio.

María hablaba de su hijo, de los cuidados que le había prodigado, de los mil y un miedos de que siempre rebosa el corazón de una madre, y de sus proyectos de porvenir tocante al mismo.

Sucedíale también consultar á Luciano sobre sus asuntos de herencia, que todavía no estaban terminados, y sobre un sinnúmero de cosas, que no quería emprender sin su previo parecer.

Ella tenía el alma tan pura, y el corazón tan elevado, y él sentía por ella tanto respeto, que ni siquiera se les había ocurrido remotamente la idea de inquietarse por su intimidad, ni creerla peligrosa.

Terminado el almuerzo, Luciano bajó del elevado silloncito donde estaba sentado al hijo de la señora Berthauld y lo puso en tierra, después de llenarle de besos.

El tierno parvulillo, de edad escasamente dos años, y el grave procurador imperial vivían, desde que se conocieron, en la mas estrecha intimidad.

Aquel, es verdad que abusaba un tantillo de la complacencia de su grande amigo, mas éste era tan venturoso con las libertades que se tomaban con él!

«Por favor, dejadle hacer, decía á María que quería interponerse cuando veía á su hijo agarrar las patillas de Luciano y tirar de ellas sin misericordia; dejadle, esto le divierte y os

juro que tambien me divierte á mí. Si hubiese tenido la dicha de ser padre ¿por ventura no me habria tratado mi hijo tambien de este modo? Dejadme imaginar un momento que lo soy.»

Entonces, tomaba al niño sobre sus rodillas, hacíalo saltar imitando el trote y el galope de un caballo, y distrayéndole como mejor sabia, placíase en admirar su rubia cabellera, naturalmente rizada, su frente lisa, sus ojos á la vez dulces y picarescos, su nariz apenas formada, su adorable boca, de la que escapábase un reir franco é infantil y sus repletos hombros, sus brazos y manecitas hechos á torno, sus piernas firmes ya, y sus brevísimos piés; en una palabra, todas las maravillas de que se compone el cuerpo de un niño de aquella edad.

Aquel hombre, privado de los santos goces de la familia, que tan bien hubiera sabido apreciar, tomaba en serio su papel de padre, colmaba de caricias al hijo de la señora Berthault, y hubiérase podido verle enjugar furtivamente una lágrima, cuando el pequeñuelo, colgándose á su cuello para darle gracias por sus bondades, le rozaba con sus labios.

Rato hacia que se entretenian de esta suerte, cuando vinieron á entregar á María una carta que acababa de traer un marinero.

Leyóla ella en alta voz.

Un amigo de su marido, capitán de un buque trasatlántico, fondeado la víspera en el puerto, le hacia saber que, en su último viaje, habia recojido algunos informes sobre la muerte de su antiguo amigo y colega el capitán Berthault, y que deseaba comunicarlos á su viuda.

Retenido á bordo por todo el dia, le rogaba que tuviese la bondad de ir á encontrarle, á no ser que prefiriese aguardar su visita hasta el siguiente dia.

—¡Vaya si iré! ¡al momento! dijo ella terminando la lectura. Quiero saber cuanto antes esas noticias, y voy á ver al capitán.

—¿Sola? preguntó Luciano.

—Con mi hijo.

Empero, despues de reflexionar un instante:

—Nó, añadió; tal vez fuera imprudente. Las tablas dispuestas para subir á bordo son muy angostas; la doncella puede asustarse y dar un mal paso, iré sola.

—¿Por qué no he de acompañaros yo?

—He pensado en ello, por que estaré largo tiempo ausente y no está bien que me aleje de vos, cuando venís á Saint-Nazaire por mí; pero, quisiera evitar que nos viesen pasear juntos por la villa.

—Y ¿quién nos ha de ver? ¿No podemos llegarnos al fondeadero de los buques trasatlánticos, siguiendo los terrenos siempre desiertos que empiezan aquí cerca?

—En efecto, dijo ella. ¡Ea! venid. No tengo valor para dejaros aquí esperándome, y además, quizá tambien me comprometeria un tanto el dirigirme sola á visitar al capitán. ¡No son poco malignas las lenguas de los habitantes de esta tierra!

Partieron; llegaron al fondeadero por caminos estraviados y subieron á bordo, donde el capitán les recibió en la cámara de pasajeros.

Despues de una conversacion bastante larga, en la que la señora Berthault adquirió, tocante á su marido, diferentes detalles que la interesaban vivamente, subieron al puente, obligaron al capitán á que volviese á sus quehaceres, y antes de salir del buque, uno de los mas hermosos de la línea, y que todos los extranjeros transeuntes en Saint-Nazaire creen no poder dispensarse de visitar, paseáronse un instante por la popa.

De repente, en el momento que cruzaban por delante de la escalera que conduce á los camarotes de primera, encontráronse en presencia de un grupo de visitantes á quienes un individuo de la tripulacion enseñaba el buque.

Tras de ellos, y aprovechándose de las esplicaciones que se